

ROSIE WYLES – EDITH HALL (eds.). *Women Classical Scholars. Unsealing the Fountain from the Renaissance to Jaqueline de Romilly*. Classical Presences. Oxford: Oxford University Press, 2016, xviii + 466 pp., ISBN 978-0-19-872520-6.

Hace ya tiempo que el mundo académico anglosajón se decantó por los estudios de Recepción frente a los de Tradición Clásica. Frente a la idea de un legado que nos llega desde el pasado hasta el presente, la Recepción invierte el punto de vista hacia un presente que reinterpreta ese pasado, lo desjerarquiza y se lo apropia. La colección “Classical Presences”, de la OUP, dirigida por Lorna Hardwick y James I. Porter, tiene como propósito abordar las diferentes maneras de apropiación que el mundo moderno hace de las imágenes y la cultura material de las antiguas Grecia y Roma en aras a explicar y legitimar el presente. De esta forma, nuestros modernos estudios sobre la Antigüedad Clásica no dejarían de ser, desde este punto de vista, complejas construcciones conceptuales para hacer efectiva esta apropiación del pasado por parte del mundo moderno. Como bien sabemos, tanto el mundo antiguo como el moderno comparten el predominio de los varones en el ámbito de la esfera pública, incluida la de la cultura y la investigación. Por lo tanto, este volumen, dedicado a las mujeres que, desde la etapa del Renacimiento hasta la clasicista Jacquelin de Romilly (1913-2010), se han dedicado a estudiar el pasado, supone una feliz oportunidad para apreciar cómo la mujer, tanto en calidad de objeto de estudio en la Antigüedad como desde el punto de vista de sus modernas estudiosas, ahora también convertidas en parte de ese objeto de estudio, introducen un elemento clave en la propia valoración de la historia de los Estudios Clásicos.

Más allá del anecdotario de las grandes figuras femeninas, tanto en el campo de la Historia como de la Literatura y la Ciencia, las mujeres no han constituido un campo de estudio propio hasta que la historiadora y clasicista norteamericana Sara B. Pomeroy (nacida en 1938) publicara su fundamental obra *Diosas, rameras, esposas y esclavas. Mujeres en la Antigüedad Clásica* (Madrid, Akal, 1991), una obra que supuso un verdadero antes y después para el estudio de los roles femeninos en la Antigüedad. Naturalmente, en la revisión histórica de las modernas mujeres filólogas hay dos parámetros distintos que, no obstante, tienden a coincidir, a saber: su condición de mujeres académicas, por un lado, y la orientación de sus estudios, por otro. El hecho de que en la historia de los Estudios Clásicos podamos hacer un elenco de mujeres que, si bien no es numeroso, en comparación con el de los varones, sí resulta muy selecto por la calidad de sus estudios, es ya un hecho relevante en sí mismo y la obra que reseñamos pretende desvelarlo en parte.

Este libro, no en vano, viene a ser una suerte de actualización de la ya clásica obra de John Edwin Sandys titulada *A History of Classical Scholarship*, de manera particular su tomo segundo, publicado en Cambridge en 1908, sólo que ahora el énfasis se pone en las mujeres classicistas, en un intento de compensar esta faceta normalmente marginada. Tal como queda explicado en los propósitos del libro, se trata de escribir no sólo una historia de las classicistas, sino también una nueva historia que supere, entre otras cosas, las propias fronteras culturales. Esto es algo que, en la práctica, no se termina de lograr, pues las fronteras culturales, sobre todo la marcada por la propia cultura anglosajona, sigue estando tan vigente en el libro que reseñamos como en otra historia cualquiera de la filología. Es verdad que entre las filólogas aparece alguna francesa, portuguesa o rusa, pero esta circunstancia no deja de seguir siendo anecdótica, o la excepción que confirma la regla, si comparamos esta tímida presencia con las filólogas pertenecientes a la cultura anglosajona.

Como es ya costumbre en nuestro hodierno quehacer académico, una obra como la que ahora reseñamos no puede ser abordada ya por una única persona, sino por un conjunto de especialistas capaz de ofrecer una visión amplia y multiforme. Fruto de este esfuerzo es la presente monografía, compuesta por veinte estudios, además de una introducción que trata de contextualizar la diversidad de trabajos, ofrecer unos presupuestos teóricos previos y dotar de un contenido común a tales estudios: “Introduction: Approaches to the Fountain”, por Edit Hall y Rosie Wyles.

A continuación, esta Historia de la Filología Clásica en clave femenina comienza con las eruditas del Renacimiento: “Learned Women of the Renaissance and Early Modern Period in Italy and England: the Relevance of their Scholarship”, a cargo de Carmel McCallum-Barry. Es una época donde el papel de las mujeres eruditas se caracteriza por su marginalidad con respecto a los grandes nombres. Nos hemos acordado, al hilo de estas páginas, de nuestra Beatriz Galindo, “La Latina”, maestra de latín de Isabel la Católica, que en este libro brilla por su ausencia. Es una lástima que la noticia de una de las más influyentes humanistas de Renacimiento no haya llegado al conocimiento de las editoras de este libro, sobre todo, tratándose de una historia donde, precisamente, las grandes figuras femeninas se pueden contar con los dedos. Sí tenemos, en cambio, la representación de una humanista portuguesa (y española) en el capítulo titulado “*Hic sita Sigea est: satis hoc*: Luisa Sigea and the Role of D. Maria, Infanta of Portugal, in Female Scholarship”, a cargo de Sofia Frade. Al igual que ocurre con Beatriz Galindo, lo esperable es que estas figuras femeninas dedicadas al cultivo del latín aparezcan en los estratos más altos de la sociedad. No podría ser de otra manera, dado que en estratos más bajos las mujeres, sencillamente, no podrían ni haber llegado al conocimiento de las primeras letras.

Los ámbitos francés y germánico aparecen en el capítulo titulado “Ménage’s Learned Ladies: Anne Dacier (1647-1720) and Ana Maria van

Schurman (1678-1676)”, a cargo de Rosie Wyles. Ya hemos pasado al siglo XVII, y no podemos obviar la transcendencia de Madame Dacier en el ámbito de la erudición de su época. De hecho, Madame Dacier tuvo una gran repercusión en Europa, como luego la tendría igualmente Madame de Staël por otras razones bien distintas. En el caso de Madame Dacier, al hecho de ser mujer se suma otro factor no menos importante, como es el de ser francesa, lo que nos lleva a repetir personaje en el capítulo siguiente, titulado “Anne Dacier (1681), Renée Vivien (1903): Or What Does it Mean for a Woman to Translate Sappho?”, a cargo de Jacqueline Fabre-Serris. Aquí entramos en un enfoque más temático que cronológico, dado que la perspectiva cambia a uno de los asuntos más interesantes y pertinentes que guardan relación con la Filología Clásica en clave femenina: la lectura y traducción de Safo. Considerada la recepción moderna de su poesía como fruto de una trama rota, Safo constituye un caso singular de moderna y activa recepción, dado el carácter fragmentario de sus textos y la censura que se ha ejercido sobre su poesía, en particular sobre algunos versos del fr. 31 (Voigt) que pueden referirse, de manera específica, a la autosatisfacción femenina. Del contexto erudito de Madame Dacier, en pleno siglo XVII, pasamos al “modernismo” de Renée Vivien. Ya en su momento, la dra. Marta González González se aproximó a las traducciones de este poema de Safo, primero vertido al latín por Catulo de manera oportunamente parcial.

Regresamos al esquema cronológico, si bien no abandonamos el interesante asunto de la traducción, con el capítulo titulado “Intellectual Pleasure and the Woman Translator in Seventeenth- and Eighteenth- century England”, a cargo de Edith Hall. En el capítulo se aborda un asunto que en buena manera nos recuerda a planteamientos de la escritora Virginia Woolf en su famoso ensayo titulado *A room for one's own*, como es el de las circunstancias educativas de las mujeres y la epicúrea idea de “placer” como motivo para el estudio femenino. En este capítulo se aborda las vidas de Lucy Hutchinson (1620-1681), primera traductora a la lengua inglesa de la obra completa de Lucrecio, y de Sarah Fielding (1710-1768), traductora de Epicteto, entre otros autores clásicos. Como puede apreciarse, ya hemos llegado al Siglo de las Luces, al que también debemos adscribir el siguiente capítulo, “Confine and Exposed: Elisabeth Carter’s Classical Translations”, a cargo de Jennifer Wallace. Elisabeth Carter (1717-1806) gozó de una gran reputación en su tiempo e incluso fue retratada como la diosa Minerva por el pintor John Fayram.

El sorprendente título del capítulo subsiguiente, “This is Not a Chapter About Jane Harrison: Teaching Classics at Newnham College, 1882-1922)”, a cargo de Liz Gloyn, nos adentra en el interesante asunto del Newnham College, creado expresamente para la formación femenina en el seno de la Universidad de Cambridge. Esta circunstancia es relevante, dado que el estudio femenino estaba confinado al ámbito doméstico y ahora encontraba

al fin un cauce institucional, si bien, al igual que ocurría en el Wellesley College de Massachusetts, lo que se esperaba de las mujeres formadas en estos centros era que desarrollaran su actividad dentro del ámbito doméstico, en calidad de cultas esposas. Sin embargo, las académicas, en este caso las clasicistas, fueron paulatinamente abriendo su actividad a nuevas esferas de la vida pública y universitaria, gracias a su paulatino control de las enseñanzas que ellas mismas impartían. Naturalmente, estamos hablando de mujeres que pertenecen a una élite social y académica (en este aspecto, no habían cambiado mucho las cosas con respecto al Renacimiento), además de ser blancas y europeas. En este sentido, el capítulo titulado “Classical Education and the Advancement of African American Women in the Nineteenth and Twentieth Centuries”, a cargo de Michele Valerie Ronnick, aporta un nuevo elemento de análisis, como es el de las personas de origen africano en los Estados Unidos. Las oportunidades de promoción académica en un grupo social como éste fueron, como reconoce la autora, ciertamente excepcionales. El propósito del estudio es, por tanto, atender a algunos de estos casos en que las instituciones académicas brindaron la oportunidad a ciertas personas, tanto hombres como mujeres, de acceder a unos estudios superiores. Uno de estos casos fue el de Kucy Craft Laney (185-1933), fundadora del Haines Institute de Augusta.

De manera más concreta, el capítulo titulado “Grace Harriet Macurdy (1866-1946): Redefining the Classical Scholar”, a cargo de Barbara F. McManus, profesora del departamento de Griego del Vassar College. Se trata de todo un personaje, no muy conocido fuera del mundo anglosajón, que pudo codearse con filólogos de la talla de Gilbert Murray. Merece realmente la pena redescubrirla, a tenor de lo que podemos leer en este estimulante estudio. Acerca de otra helenista eminente trata el siguiente capítulo, “Greek (and Roman) Ways and Thoroughfares: The Routing of Edith Hamilton’s Classical Antiquity”, a cargo de Judith P. Hallett. Edith Hamilton (1867-1963), nacida en Dresde, nos ofrece otra apasionante vida dedicada a la Filología, con obras como *The Greek Way* y empresas académicas como la organización y dirección de la Bryn Mawr School de Baltimore. Su nombre está igualmente unido al de eminencias como Bowra o Gilbert Highet, si bien éstos expresaron comentarios machistas o indiferencia hacia su obra.

También en la línea biográfica, el siguiente capítulo, “Margaret Alford (5 September 1868 – 29 May 1951): The Unknown Pioneer”, a cargo de Roland Mayer, nos acerca a la figura de la primera mujer clasicista que obtuvo un título oficial en Cambridge. Especialista en autores latinos como Tito Livio, Tácito y Cicerón, la autora es un ejemplo de filóloga que gozó de una gran reputación entre sus colegas masculinos. De Cambridge pasamos, cruzando el Atlántico, a Yale, con el capítulo titulado “Eli’s Daughters: Female Classics Graduate Students at Yale, 1892-1941”, a cargo de Judith P. Hallett. Como apunta la autora, el “Eli” que aparece en el título se refiere a Elihu Yale

(1649-1721), primer benefactor de la universidad norteamericana, y de quien terminó adoptando su nombre. Al igual que ya se ha hecho en otros capítulos precedentes, este estudio se centra en las graduadas clasicistas egresadas de esta universidad norteamericana. Volvemos al esquema unipersonal en el siguiente capítulo, “Ada Sara Adler: «The Greatest Woman Philologist» of Her Time”, a cargo de Catharine P. Roth. Ada Adler (1878-1946), nacida en Dinamarca, fue considerada como la más eminente filóloga sobre la tierra, a juicio de William Calder. El trabajo intenta explicar, consecuentemente, este juicio de valor que, sin fundamento, podría parecer a simple vista exagerado. Entre otras cosas, su nombre quedará siempre unido a su edición crítica de la antigua enciclopedia conocida como *Suda*. Verdaderamente, tras la lectura del capítulo, podemos llegar a entender que aquel juicio previo no resulta tan desmesurado.

Para nuestra sorpresa, el ámbito ruso es contemplado en el capítulo titulado “Olga Freidenberg: a Creative Mind Incarcerated”, a cargo de Nina V. Braginskaya (traducido del ruso). Olga Freidenberg (1890-1955) nació en Odesa y falleció en Leningrado. Como bien señala la autora del capítulo, el conocimiento de su persona en el mundo anglosajón se debe gracias a su correspondencia con su primo, el escritor Boris Pasternak. Sufrió la falta de reconocimiento por parte de sus colegas a causa de su condición de filósofa de la cultura más que de clasicista. Asimismo, fue represaliada por el régimen estalinista. Esta condición menos convencional como clasicista vuelve a encontrarse en el capítulo siguiente, “An Unconventional Classicist: The Work and Life of Kathleen Freeman”, a cargo de M. Eleanor Irwin. Kathleen Freeman (1897-1959) ejerció como “lecturer in Greek” en lo que hoy conocemos como Universidad de Cardiff y fue autora de varias obras dedicadas al mundo griego. Sin embargo, no se constrictó a la filología como tal, de forma que llegó a cultivar la creación literaria más diversa, desde libros infantiles a novelas de detectives. El capítulo titulado, tan lacónicamente, “A. M. Dale”, a cargo de Laetitia Parker, está dedicado de manera específica una de las grandes especialistas en la métrica de la tragedia griega, Amy Marjorie Webster (1901-1967), que firmaba sus trabajos como A. M. Dale. Una vez más, sorprende el talento y la entrega a la labor científica de una filóloga, egresada del Someville de Oxford, college del que terminó siendo miembro honorario, así como profesora emérita en la Universidad de Londres. El carácter especializado de la obra de la anterior autora contrasta con la trayectoria de la filóloga que subsigue en el libro, “Betty Radice and the Survival of Classics”, a cargo de Rowena Fowler. Betty Radice (1912-1985) es conocida, sobre todo, como traductora de autores clásicos y como editora de la famosa colección “Penguin books”. Estas dos circunstancias la convirtieron en una reconocida traductora y divulgadora de autores como Tito Livio, Terencio, Plinio el Joven o el mismo Erasmo. Asimismo, el hecho de haber sido madre de cinco hijos no fue óbice para el desarrollo de una impresionante actividad

intelectual. Su idea acerca de cómo debían ser divulgados los clásicos, mediante la inclusión de notas y el escrupuloso control de la calidad de las traducciones, revolucionó la propia colección Penguin Classics.

Finalmente, el volumen dedica sus dos últimos capítulos a dos mujeres francesas de considerable relevancia intelectual, más allá de sus respectivas fronteras. “Simone Weil: Receiving the *Iliad*”, por Barbara K. Gold, nos acerca a la interpretación que acerca de la *Iliada* lleva a cabo la escritora Simone Weil (1909-1943) en su fundamental obra titulada *La fuente griega*, y, de manera particular, el ensayo titulado “*La Iliada* o el poema de la fuerza”, escrito durante la ocupación nazi. La lectura (¿traducción o interpretación?) que Weil hace del poema homérico es rompedora, al arrojar luz sobre el poema desde perspectivas insospechadas. El propio encuentro entre Príamo y Aquiles, donde el primero suplica al segundo el cuerpo de su hijo, es objeto de una lectura en la que Príamo se convierte en un mero objeto inerte, reducido por la fuerza absoluta. Los héroes son vistos desde el prisma de su brutalidad, en una lectura tan alteracadémica como fascinante. El capítulo titulado “Jacqueline de Romilly”, a cargo de Ruth Webb, nos acerca a la figura de la clasicista más cercana a nuestro tiempo, dado que, nacida en 1913, su deceso tuvo lugar en 2010, de forma que casi completó la centuria. Entre otros logros, fue la primera mujer que cursó sus estudios en la prestigiosa École Normale Supérieure de París, así como la primera en ser miembro de la Academia de Inscripciones y Buenas Letras. No obstante, su mayor logro sea quizá el hecho de que su nombre haya quedado indisolublemente unido al conocimiento de la Grecia clásica gracias a libros de referencia sobre la materia.

“Afterword: Keeping the Fountain in Flow”, escrito por Rosie Wyles, sirve, a la vez, de epílogo y de reflexión para el futuro acerca de la reescritura de la Filología Clásica desde criterios alternativos a su consideración desde un ámbito masculino donde las mujeres no dejan de ser notables excepciones. La autora de este capítulo pasa revista a los trabajos compilados para llevar a cabo una serie de pertinentes valoraciones. Entre otras cosas, la idea de la mujer genial o excepcional, como clave repetida en el relato biográfico de muchas de las mujeres tratadas en este volumen, puede solapar otro tipo de trabajo muchas veces invisible y fundamental, si bien alejado de la aureola de reconocimiento. Se hace hincapié, asimismo, en la necesidad de dotar a esta nueva Historia de la Filología de un carácter internacional, aunque considero que este objetivo ha sido logrado tan sólo parcialmente: Beatriz Galindo y María Rosa Lida no habrían estado de más en este volumen.

Esta es, en suma, la reseña necesariamente sucinta de un libro ciertamente intenso y estimulante que me ha brindado intensas horas de lectura y ha conseguido, al menos en mí, el propósito que persigue, a saber: cambiar mi propia idea de la actividad de las mujeres en la Historia de la Filología. El asunto es múltiple, ciertamente, ya si lo analizamos desde la mera perspectiva sociológica de las condiciones vitales e intelectuales de las filólogas, bien desde

la valoración específica de sus aportaciones al conocimiento. Pero considero que hay un ámbito todavía incluso más interesante: qué han aportado de manera específica e intransferible las mujeres a los propios Estudios Clásicos, o cómo enriquece su manera de ver el mundo en relación a lo que ha sido, en definitiva, una visión predominantemente masculina de los hechos. La trama rota de Safo, o la relectura de la *Iliada* como el poema de la fuerza bruta pueden ser, en este sentido, los ejemplos más significativos de esta visión alternativa y enriquecedora.

FRANCISCO GARCÍA JURADO
Universidad Complutense
pacogj@ucm.es





